

## Perdí las lágrimas

Tras varias semanas de confinamiento, Fabrizio no solo se decidió a limpiar su casa, sino que también consideró meter a alguien en la misma. Y no era una mascota. Días antes había leído que había mujeres, cuyo oficio era la prostitución, que habían accedido a pasar el periodo de enclaustramiento con algún cliente rebajando el precio. Desde que se hizo eco de esa noticia, la misma le resonaba, casi tanto como el cantar diáfano de los pájaros y el brusco motor de los autobuses de línea que rebosaban hacia la parte trasera de su vivienda, normalmente vacíos.

El silencio de la tierra se introducía en el corazón de todos.

Nápoles estaba siendo una de las ciudades más obedientes del arco mediterráneo. Habían dado la vuelta a los tópicos. Es más, posiblemente, esa misma noche, al adelantar los relojes la hora para adaptarse al horario de verano, seguirían en invierno, aunque ya llevaran casi una semana de la oficialmente primavera. Un par de meses más, y Fabrizio tendría un año de supuesta relación o ninguna con Nicoletta. A esa hora del día, a punto de anochecer (justo la hora de los aplausos al meritorio sector sanitario), no se habían ni saludado. Dolía quererle así, con palabras y letras. Quererle era un decir. Nicoletta tenía el secreto de la individualidad, que excitaba y que se escapaba. Se había convertido en toda una obligación la llamada después de la cena para comentar el día. Llevaban quince días sin pasar una sola noche juntos, antes tampoco es que hubieran sido muchas, pero en parte ayudaban. Los primeros días le pareció bien que cada uno estuviera residiendo por su cuenta al tener ambos que seguir ejerciendo, ella como farmacéutica y él con los servicios mínimos del catastro de

rústica. Pero que se despidiese del mismo poniéndole otro nombre no lo terminó de digerir el funcionario. No era de esas decepciones que honraba a quien las inspiraba, y eso que en según qué cuestiones estaba dispuesto a creer cualquier cosa antes que la verdad.

Habían pasado casi tres meses desde aquella felicitación de Año Nuevo. Un texto con el que le deseaba muchas cosas. Un texto que tampoco era suyo. Lo había copiado de otros. No fue capaz ni de escribirle algo de su puño y letra. De todas las historias, sin duda esa era la más triste, porque era sumamente real. La tenía estudiada de arriba abajo. Nicoletta tenía su propia idea de libertad. Queriendo o no, formaba parte de una de esas familias educadas para tener que olvidar lo aprendido.

Guardando la cautelosa distancia, en una conversación Fabrizio le había propuesto saltarse la norma y verse. Él se ofreció a cruzar el parque, como de costumbre. Ella no dijo nada al respecto. No hizo falta. Era uno de esos días en los que nunca pasaba nada. Daba igual que fuera viernes o lunes, debían estar encerrados, solo se salía a trabajar y a comprar lo básico. En todo Nápoles no halló mirada más indiferente. Pero Fabrizio ya estaba harto, se iba a deshacer de cualquier equívoco. Repasó buena parte de los mensajes que tenía en el teléfono, antes de borrarlos todos. Y lo hizo con una de esas trampas de la infancia, no haciéndole falta comprender algo como para sentirlo.

“Creía que íbamos a desayunar juntos, pero bueno, así me he quedado con más ganas de ti”, fue lo último que realmente le había escrito ella, a primera hora de la mañana de un sábado o domingo, recién llegado a su casa por ese parquecito que les unía y distanciaba.

Sucedió el penúltimo fin de semana de un febrero que se había cambiado de estación, llegando a verdear, si acaso. No había almendro que no hubiera florecido en toda Italia por entonces. Los tenía fotografiados el técnico del catastro de rústica. Desde muy niño los había trabajado, y no dejaba de sentir hacia los mismos un venerable respeto. En el edificio donde tenía su despacho no había tales árboles, no obstante, el aspecto de la entrada era imponente para quien no acostumbrase a hacer uso de la administración pública italiana. El auxilio de dieciséis escalones de piedra, repartidos en dos tramos, no perjudicaba la añosa mansión rehabilitada. Guardaba el esplendor de Roma, aunque con la decrepitud de los senadores con falta de arrojo y lo ávaro del tiempo, más toda esa prole ingobernable que tomaba las decisiones.

Apenas hablaron aquella última noche, compartiendo cama en el piso de ella. Una estancia de dos dormitorios, uno de ellos relativamente grande, con dos amplios espejos encastrados en las puertas de los armarios; el otro, usado como trastero, que apenas había pisado Fabrizio. Un italiano de los que todavía portaban pañuelo de tela en el bolsillo izquierdo de su pantalón, blancos, como mucho con alguna raya azulada; alguno con un ribete portando sus iniciales. Todos habían sido regalados por su madre o por su abuela, que ya no tenía. Fabrizio no era italiano al uso. Nicoletta podía ser de todas las regiones y países.

Durante la cena, por decirlo de algún modo, y el paseo, sí que charlaron. Unos andares que comenzaron dificultosos, donde pudiera haber influido el significativo retraso de ella, más de veinte minutos que él no supo llenar. Cualquier ciudad en tiempo de paz podría resultarles monótona. Los días se les estaban haciendo muy convulsos en esa relación que no era tal. De hecho, ni el uno ni la otra jamás habían pronunciado palabras como “quererse”, “amarse”,

“ser novios” o “estar en pareja”; tampoco eran de esos que quedaban para tener sexo un día a la semana sin importarles nada hasta la siguiente vez. No obstante, él seguía teniendo el cepillo de dientes en el baño de Nicoletta. Las veces que lo usaba se acercaba al balcón de la terraza por el salón y, mientras se cepillaba, podía ver cómo se iban cerniendo las hojas de los árboles; antes, observaba o se imaginaba el matiz oscuro y sosegado de todos esos balcones, una expresión pura de la caída, mezcla de todos los ambarinos, sin sobresaltarse (estando ella, desmaquillándose o fumando y haciendo tiempo en la cocina). Siempre era igual, siempre los mismos tiempos, fuera el día que fuera. Ella y su silencio.

De un modo ambos necesitaban su espacio y su tiempo y, por el contrario, ella siempre consideró que tras ese primer viaje juntos todo cambiaría. La de las manos pequeñas siempre creyó en ese viaje. Un traslado a unas dos horas y media de donde residían, de un fin de semana que recortaron a lo mínimo imprescindible. Muy caro le salió a él. Nicoletta era de esas personas que tenían anhelo, un ansia de amor supremo, pero que por lista o resabiada no terminaba de darse o encontrarse con alguien en tal sentido. Varias habían sido sus relaciones. Y unas tras otras, habían sido truncadas todas ellas, de las que Fabrizio no quería saber, pero algo sabía.

Todo, después de que ella se hubiera mudado a ese apartamento o piso, meses atrás. La que se apellidaba Bruschini ocupó una vivienda que perteneció a una tía suya (por parte de madre), reformada en parte. Fabrizio, que no era ni pobre ni adinerado, ya vivió una vez en un tipo de vivienda similar cuando se independizó de sus padres. Él, eso sí, siempre supo que estaba de paso, por algunos muebles que metiera para acondicionarlo, sintiendo el dormitorio como eso y poco más. Por supuesto, no solicitó línea alguna de teléfono fijo. Ella lo

había tramitado, aunque finalmente no se lo instalaron porque debía hacer obra; cosas de las nuevas telecomunicaciones y la acometida de la fibra.

Quizás por eso la adoraba más, por esa estupidez eterna de perseguir a los que hacían daño. Compartían ciertas cosas, como que no podían ver calzado alguno encima de la mesa o el sofá. Y que el desnudo de ella casi siempre era del mismo modo, dejando la ropa plegada en el sillón que había junto a la cama. Un sillón reducido a ropero, de esos muebles de largo invierno que no se ponían nerviosos, serviles también en el hastío. Fabrizio y ese elemento se diferenciaban en lo emocional, poco más, estaban para la disposición de ella.

“No, no estoy casado. Vivo la vida”, es lo que ella le recordó. Lo hizo en su misma cama, no en la barra de un bar. E incidió en que un día, su chico, meses atrás así le saludó, frente a una pastelería del barrio muy concurrida que hacía esquina. Hubo de repetírselo varias veces y Fabrizio no terminó de verse en ese hacer:

-Yo no hablo así -le contestó, reafirmando en que no recordaba el encuentro, donde daba la vuelta el aire.

La rubia boticaria de pelo largo y teñido, con su piel enrojecida, nunca admitiría que él le hubiera respondido de otro modo, pero Fabrizio no se reconocía. Es más, ni recordó que hubiera sucedido ese encuentro. Quizás contribuyó que de inicio le confundiese la calle. Y, que en el conteo de los meses desde que se reencontraron, una llevase una cuenta de diez y el otro de apenas dos o tres. Ahora bien, un tipo honesto y cortés no sería tan estúpido de anunciarse así ante una hermosa dama y antigua compañera de estudios. Sin embargo, ella podía dar pelos y señales de aquel desliz o encuentro fortuito, aunque al tiempo admitió haberse confundido con la calle; sí, las palabras, como

tan bien sabían, eran enemigas de la realidad. Un hecho simpático que a él le gustó (aunque le marcara), porque hablaron, cosa que difícilmente hacían. Nicoletta no era de pasear o de sentarse a mantener conversación alguna con él. Las pocas veces que lo habían intentado acabaron discutiendo y, a pesar de todo, compartían cama y cena esas mismas noches. Con todo y con ello, ella ofendía involuntariamente:

-Estás quemado. Se te nota -ponía la culpa sobre la víctima.

Por una mujer así, cualquiera perdía el sentido.

De eso fue la cenita de aquel último día juntos. De juzgarlo, de criticarlo y un tanto de frecuentarlo. Una conversación en la que lo que más le dolió a él fue que todavía no hubiera reflexionado la dama. Y eso que tuvo tiempo de hablar de su guía espiritual, echándolo en falta la del noviciado.

No eran del todo anónimos los tortolitos. Tras veinticinco años desde aquellas adolescencias tardías de instituto podrían haber tenido muchas vidas, juntos o separados. En la universidad ella fue a estudiar a la omnipresente Roma y él se quedó en la capital de la región, una región de provincias, aunque le hubiera gustado irse. Una provincia repleta de recursos naturales, diezmada por la falta de precipitaciones y el ancho sol del verano, muy a la manera de la extinta provincia de Enna, en Sicilia. Cuando compartieron clase, en aquel bachiller superior, no existían los teléfonos móviles al alcance de cualquier mortal. Mucho menos las aplicaciones del tipo *WhatsApp*. Incluso había guerra en Yugoslavia, que radiaban en color en los telediarios de las ediciones de la noche, superponiendo los proyectiles -ráfagas de verdes- por encima de las ciudades. Tal vez las vidas les fueran eso: un sueño y un temor más allá de lo razonable.

Guerras y verborreas aparte, había veces en las que él no merecía un suspiro. Y, según la dama, ese no sabía mantener una conversación haciendo uso de tan popular aplicación para enviarse mensajes de texto. Mantener una relación de pareja, o iniciarla, con ese formato no entraba en sus planes. Era alguien necesitado de cariño. Cariño real, no virtual. Ternura. Por eso apreciaba tanto un roce, una voz cercana, la mirada de alguien. Cualquier minúsculo interés deshilachado. De eso también le medio regañaba ella:

-Observas mucho. Todo. Te haces problemas -introduciéndole que el siguiente fin de semana quería irse de rebajas, con su hermana, a esa Roma; y, si acaso, que él se desplazara el domingo para acompañarla y hacer algo juntos, regresando de vuelta.

Para alguien que decía no tener tiempo para hacerse una lista de tareas, ni de terminar de amueblar el pisito, pensar y planificar, bien que se organizaba para lo que quería la mujercita que nunca se había casado ni tenido hijos.

Eso no se lo reprochó Fabrizio. Lo que hizo fue meterse las manos en los bolsillos, justo después de pagar la cuenta. Pagó por quedar por encima de ella, no le gustaba deber nada a nadie, y menos aquel día donde ella se soltó el pelo más que de costumbre, acusándolo. Porque ella lo inquirió. Le pidió iniciativa. No supo decirle: el éxito llega cuando llega, si es que llega.

Para cuando llegaron a la altura del pisito de la misma, de fachada pobre, en nada señorial, dejó que la misma se hiciera notar, no sabiendo si seguir hacia su casa, cruzando el parque (tras darle un beso de despedida), o bien, acompañarla esa noche, que cierta desgana y enfado tenía.

-¿Vas a subir? -como si el destino estuviera ahí, a la vuelta de la esquina.

-¿A ti que te apetece? -le forzó a pronunciarse él, vanagloriándose de no estar dispuesto a hacer visitas a domicilio.

-¿Qué subas? -no dudó ella, pareciendo hasta verdad.

Hablar era de necios, callar de cobardes. Se oían, se olían, se veían.

Y subieron juntos haciendo uso del ascensor, hábito e idea de ella. Atrás dejaron la oscura esfera de otras relaciones, porque la gente salía a la calle, aunque fuera vagamente, a socializar, tuvieran o no ganas.

Pasaron la noche, como otras tantas, sin grandes alegrías. Y él se marchó a primera hora, dejándola en el baño, acicalándose (envuelta en una toalla de cuerpo entero). Nada más levantarse orinaba y se tomaba un vaso de agua, mirando fijamente al espacio vacío el de pelo liso y castaño, de raya a un lado, sin marcar mucho, pero raya, al fin y al cabo. La espalda siempre doliéndole. Según ella, por dormir. Otra insólita respuesta que le tocaba las narices, pues, dormir, dormía muy poco Fabrizio. No obstante, alguna de esas veces era capaz de lidiar con todas las circunstancias y hasta dormirse, desde el lado izquierdo de la cama mirando al techo, porque él no se ponía boca abajo, cosa que ella necesitaba para conciliar el sueño, dándole de bruces y no habiendo nada más seductor y esclavizante que esa vida humana.

Que ella tuviera que trabajar esa mañana y él no, no fue el motivo de que no se quedase a desayunar el técnico gestor. Los abrazos que se habían dado, y los besos, eran de estudio, nunca desenfrenados cual último sol de otoño. Un amigo de él, siempre sostuvo que eran dos personas que racionalizaban mucho. Que no tenían pasión, que debían ser más naturales y tratarse como dos enamorados, atontolinados en los primeros meses, abriéndose paso por la neblinas u hojarascas sin ni enterarse ni hacerse remilgos.



-Creía que era una aventura y en realidad era la vida -le dijo su amigo.

Fabrizio le había contado bien poco a ese colega suyo, pero algo sabía del *affaire*. Por bueno y amigo de largo tiempo, lo suficiente como para no tener que adivinar nada. En parte se lo contó como desahogo. Lo pasaba realmente mal con las mujeres. Era alguien que sentía necesidad, que se daba, y que no especulaba. Un tipo que podía dibujar las miradas y estremecerse sin sonido alguno, como perdido y con tono hueco. Alguien que no chasqueaba los dedos. Y que sabía hacer de soldado, también de capitán.

-Yo no te puedo llenar tus vacíos. Aquí o en Miami eres tú, lo que tienes; lo que eres. Solo tú puedes llenar tus propios vacíos -le soltó Nicoletta sin alterar la expresión de su coloreada cara, redonda y seria-. Vivimos como soñamos, solos.

El beso no pudo engañar al tiempo, el beso que recordaba Fabrizio.

Ese maldijo lo de Miami, siempre para sus adentros. Un par de semanas antes, Fabrizio quiso darle un giro a esa relación, supeditada a encuentros ocasionales y algunas llamadas para darse las “buenas noches” y escasísimos “buenos días” tecleados en esa puta aplicación, o el sinsentido del “¿qué tal llevas el día?” a distancia. Y le informó de su intención, de años atrás, de irse a empezar de cero a otro lugar, en otro país, porque el cielo se le llenaba de luz pálida y de amarillos fríos como si se cerniese sobre el mismo algún tipo de maldad sobrenatural. Ese funcionario de carrera, que empezó como técnico base por oposición y que había llegado casi a gestionar del todo el servicio de rústica, estaba maniatado y frustrado laboral y familiarmente. A su madre, hermanos y sobrinos apenas los veía, salvo en los cumpleaños u otras fechas señaladas. De hecho, hubo años y meses en los que no tuvo madre (desde la distancia que da

el paso del tiempo o por observarla como un tercero); los hombres, por sí solos ya eran capaces de cualquier maldad, generándose rabia, frustración y desorientación. Venía de hacer un esfuerzo ímprobo las últimas navidades. Fechas, en las que notó mucho la ausencia de Nicoletta, que se aferró a que el mes no era el mejor, debiendo cerrar el ejercicio anual de su farmacia, así como hacer las previsiones de pedidos para el nuevo año y otras tantas cosas de mujeres, como hacerse cargo de la retahíla de encargos para su numerosa familia o excusas varias, porque todo en ella era pasado y futuro. Curiosamente, enero tuvo el mismo signo; y casi que febrero, a punto de entrar en la última semana. Inquietud y disgusto, más bien. No eran solo los días y los trabajos. La realidad era tozuda. Había desquites que reconcentraban asperezas en esas u otras ciudades sólidamente avenidas. Ello no podría ocurrir en otro lugar que no fuera Italia, más bien la región de Campania, donde la protección siempre fue la primera necesidad y disimulo de la opulencia y el lujo.

El regalo de cumpleaños para Fabrizio, un día después de los mismísimos Reyes Magos, fue una camisa. De esas que él no solía comprarse, de cuadros. Le gustó, pero le quedaba pequeña. Y a lo largo de un mes, estando residiendo a cinco minutos el uno del otro y ella trabajando justo enfrente de la tienda o franquicia donde la había adquirido, no sacó tiempo para cogerle una talla más, llegando a devolverla la farmacéutica. Un hecho que difícilmente olvidaría Fabrizio. No es que no lo tuviera en su lista de tareas, es que optó por devolverla en vez de quedar con él para cambiarla (y eso que se lo recordó), que fue lo que decidieron cuando se la probó en su piso, reinventándose como cada vez que se veían para no acabar más malhumorados. Un día de Reyes en el que apenas se abrazaron. Aquel día tuvo lugar uno de los primeros desencuentros. Lo dejó

tan para el final del día con tantos presentes, que a él no le quedaron fuerzas y rabioso por tanta espera consiguió cabrearse, aunque accedió a verla tardíamente en privado, como de costumbre, yendo él al pisito de ella.

Los días siguientes no alentaron a verse ni bulleron por todo lo contrario. Sin embargo, existió una formalidad en la atracción, así como gestos de cansancio en las miradas que infundían compasión y un pacto por lo delicado del momento.

-Tenías cara de seta -le decía la mujer desde entonces, cada vez que no le cuadraba nada, en plan señora. Nunca dándole achuchones de recibimiento ni un rumor de besos. Cosas sencillas, de cuando recibirse con ganas y cariño.

Eso a él lo amortajaba. Era la vida misma, anodina y llena de susceptibilidades. Para una persona que no le pedía mucho a la vida, era como escatimar esfuerzos y acusar sin necesidad, no saludándose efusivamente. Máxime cuando la dama oscilaba entre sus instintos: unas veces pendenciera y otras, cobarde o dispersa. Soportable, en días, que no desequilibrada. Una simple o compleja desventura.

A Fabrizio, como a cualquier hombre, le preocupaba que le dijera que no quería verle más. Años antes, de las pocas relaciones que había intentado, aprendió que era mejor dejar a que te dejasen. Y Fabrizio tampoco estaba seguro de decirle adiós, como primera opción. A ella le gustaba que le preparasen la comida y la cena, fumar, echarse la siesta, despertarse sus varias veces (reiterándose con la alarma del móvil) hasta tener que salir de la cama inexorable y tardíamente, hacer sus cosas sin que nadie le incomodase y controlarlo todo. Apenas había estado en la casa de él, salvo cuando se la enseñó, dejando esa frase de frialdad sobre las escaleras y el color de un par de paredes. Dormitorio

y cocina, que junto con el resto de habitaciones y plantas se ocupó de pintar Fabrizio de blanco impoluto para contentarla. Nada menos que en noviembre, en pleno temporal invernal. La segunda vez que Nicoletta fue a su casa no se pudo ni considerar, apenas entró y salió, ni llegando a cambiar de ambiente. Muchas veces él se ocupó de tenerla recién limpia para cuando quedaban, renaciendo en su hondonada con una vitalidad múltiple, por si se decidía acudir a la misma la señorita, y que la impresión le fuera excelente y acogedora en la misma noche. También le dejaba la calefacción puesta a quien tenía la cabeza llena de estadísticas y de datos con exactitud pedante. La solterona también sabía de economías, por mucho que a veces disimulase lo de ser una leída en los negocios. Como mujer, lo consideraba todo.

Ajustar los silencios y los ánimos tan celosos de esos dos llevaba lo suyo. Pero nada alteró la sensación de soledad de él. En su función pública no se paraba de lunes a viernes, ni con virus ni sin virus, máxime cuando la merma de técnicos y administrativos era tan acuciante que algunos se preguntaban si no era mejor ir cerrando oficinas y departamentos que seguir manteniendo de tal guisa los servicios públicos y que pasase lo que hubiera de pasar. Raramente hacían guardias oficiales en sábado. Ella, que era de la empresa privada, alguna hacía. Por tener, tenía quien le limpiaba la casa; y la farmacia. Un negocio del que se había hecho cargo nueve años antes, tomándole participación de la misma a su tío. Un fanático del mejor sonido, el buen comer y los coches de alta gama, entre otros, pero vago como él solo. Ávido comprador de plantas de interior por Internet, y reaccionario si le daba por ahí. De esos, acostumbrados a vivir solos teniendo su verdad en el vino y el buen yantar.

Quizás por la cansada insistencia, tras el frugal viajecito es cierto que habían variado las tornas Nicoletta y Fabrizio, forzándose a quedar más, no solo los fines de semana. Y verse de primeras un lunes, un martes y un miércoles, además de exasperante les fue todo un cambio de rumbo, forzado por el miedo a no querer verse y dejarse del todo. Necesitar, no se necesitaban, lo sabían el uno y el otro. Él sabía de antemano que ella buscó eso de inicio, propiciando cambios lo antes posible (aconsejada por sus amigas). Se lo había dicho de soslayo, sin ni mirarle.

Para Fabrizio, Miami, muchos años atrás fue algo así como el deseo de irse y dejarlo todo olvidado a falta de una parcela y familia propia en donde tener un fogón o chimenea que le hiciera de hogar, plantas y árboles con los que entretenerse, acostumbrado a ello desde muy pequeño, con animales y bancos de piedra para los desenfadados, haciéndose mayor también. Algo de lo que apenas habían hablado. Tampoco de los esfuerzos que suponía verse entre semana, incluso los viernes o sábado, cuando quedaban. No tener pasión, e ir generando una sinrazón de obligaciones, al menos para él, era tan pernicioso o más como estar solo en la vida y saberlo a ciencia cierta, desguarnecido de alicientes.

Eran tan netamente independientes que cuando pudieron mirarse y besarse, en el sofá de ella, no se dieron a la cama porque adujo haberle bajado el periodo esa misma tarde la señorita y no tener la suficiente confianza como para hacerlo. “Quizás más adelante”, le vino a decir. Sin embargo, ella cayó en preguntarle cómo le gustaba que le tocasen a él. No fue casual. Sucedió porque Nicoletta tenía memoria y recordaba que semanas antes él le reprochó que ni se habían parado a preguntarse qué zonas les gustaban más que otras, así como

otras cuestiones que toda pareja debía ir conociendo, e intimidando. La parquedad sexual de Nicoletta rayaba el umbral de la presencia, salvo por contados, escasos y repentinos excesos de vigor que ese reivindicaba en ciertas noches que compartían, satisfaciéndola. Era como ver la misma película una y mil veces, fuera morena o rubia la señorita. Siempre tenía los mismos tiempos para con los cigarros, la limpieza de los dientes, el desmaquillado, el desvestirse, y con él. Es como si llevaran treinta años de matrimonio, arrebolada a su dulce y limpio rostro y el huequecito que él le calentaba de la cama. Su lado.

Una cosa era interés y otra bien distinta el disimulo, por cojines que hubiera que quitarle o ponerle a esa medio cama de matrimonio. No se habían dado ni un masaje. Lo que Nicoletta Bruschini le hizo una vez fue despacharlo por dos minutos. Encima con la excusa de que se le ensuciaban las sábanas y estaban recién cambiadas, o que llegaría la limpiadora a primera hora de la mañana y podría percatarse de algo, entendió él. Apenas le procuró unos toques a su espalda con algo de crema (que por escasos aun así le parecieron lo mejor del mundo a ese), asfixiado por el cielo plomizo de ese dormitorio y sus espejos, notando una de sus manos que rápidamente le apartó.

Hacia el verano compartieron algunos momentos de terracita, y poco más; nada destacable. Miedos que no supo eliminar el uno y la otra. El sentimiento trágico de la vida les era ese: querer y no querer. No había peor pesadilla para el de catastro de rústica que aquella en la que los monstruos eran de carne y hueso, sabedor que el amor de verdad no dolía, en tiempos de descontento.

Eran malos perros mirándose con ojos curiosos, sin ni atreverse a poner sus dos patas delanteras en el estómago de nadie, entreabriéndose. Ella muy pendiente de su familia, padres y hermana, sobre todo, amén de ir poniéndose

al día con los restantes negocios de la familia que había aceptado gestionar; él, recapacitando sobre sus normas, que sí se ocupó de poner en su lista de tareas: *Tener mi vida al margen de ella, con momentos de calidad (siendo yo mismo, natural). Si no llena mis vacíos, no interesa. No mezclar economías, trabajos, familias u otros. Cada uno tiene lo que tiene, de por sí. Y sin expectativas: no ser tonto. No hacerme problemas, no pensar de más. Todo pasa.*

Todo. Después de recordarse cómo comportarse: *Ser educado, siempre; pase lo que pase ser respetuoso. No mentir, sí saber estar, mirando por mi interés y bienestar personal y profesional. Ser discreto y formal. Observador; aprender. Recordar quién me aporta, y en qué; y quién no me aporta nada o poco. Pensar (creciendo): con humildad, siendo positivo.*

Y, antes de dar paso a cuestiones sobre su salud, domicilio, economía, etc. Un tipo ordenado, que sabía lo que quería. Tenía anotado lo que haría si le tocase un premio de la lotería. Que también estaban suspendidos los sorteos oficiales, formando parte de la educación para la ciudadanía en tiempos de confinamiento, amoldándose a la existente.

Compartían algunas palabrotas, que pausadas y retraídas no eran tales, sino afirmaciones, y que en otras lides acusaban de ofender, ya fuera con las calles repletas de hojas amarillas o bien con el martilleo de las sandalias que ella gastaba con el calor. Esa mujer, en cualquier estación, hacía saltar y crujir con gran desesperación y extraordinario regocijo a Fabrizio. Quien ignoró lo que se prometió años atrás: "No tengo la intención de estar con nadie, haré mi vida". Por cuando experimentó una vocación sincera en dejar de lado lo referente a ellas, y lo que no solo eran las mujeres. No quería que ningún miedo arruinase o alarmase sus días y trabajos, desilusionado con la vida.

Si la vez que se casó hubiese plantado un árbol ya estaría bien criado. Diez años lo menos. Tras ello, muy poco; y antes, nada de nada, habiendo sido de esos pocos seres que llegó virgen al matrimonio a la edad de Jesucristo en la cruz. Rememorar con atención todas sus posibles relaciones no le robó mucho tiempo. De punta en blanco hacia adelante tuvo algunos deslices e irresponsabilidades. Una mujercita a la que los hombros le formaban rectos lo engañó a conciencia. Fue la última vez que Fabrizio hizo caso omiso a su disciplina. Posiblemente lo único auténtico de aquella mujer fue el tatuaje de la espalda baja, con la flor de loto hecha en Tailandia, para recuperar o perder del todo el resuello de su matrimonio. Le costó apartarse de esa vibración sutil, por el sentir lento y el vivo fluir de la sangre y las pertenencias. Atónito, tras un viaje, a una isla, ella lo dejó. Serenamente se sobrepuso, pero hubo de pasar tiempo. Ella se le acercó estando casada sin que él lo supiera.

Años habían pasado, sin esos vericuetos para el de catastro de rústica, que no hacía tanto creyó haber pasado los peores años y días.

-Yo aún no he reflexionado.

Eso se lo soltó la boticaria brujuleando. Si lo hubiera dicho alguien con cara inexpresiva y con las puntas de un delantal entre las manos, doblándolo, no hubiera tenido apenas importancia, pero fue Nicoletta en su más pura concepción: María Nicoletta. Hablaba de ellos dos, desde el ángulo opuesto a seguir creciendo, al lado de un piano y una librería baja con varios tomos y algunas revistas de decoración. Ese no quiso indagar, en realidad sabía todo lo que tenía que saber. Y no era alguien bajito de mirada lánguida, destartalado y de aspecto cansino. Siempre, antes de verla se duchaba, aseaba y se cambiaba



de ropa para la ocasión. Practicando deporte a diario, algo más complicado en esos días de confinamiento, en los que hacía falta dudar de todo y de todos más que nunca y donde la verdadera desgracia era no saber amar.

Fabrizio no concebía que la vieja criada de ella no supiera nada de las varias noches que habían pasado juntos en la cama de ese variopinto dormitorio. Otras tantas cuadraturas, halló sin esplendor, sentándose intencionadamente en la rinconera de su casa, tras recoger y fregar en su cocina, cosa que siempre hacía. Lo que no era habitual era quedarse dormido, y sucedió. Ello le permitió durante ese breve y largo tiempo, no vivir una vida de expectativas, y tenerse.

Hacia la noche volverían los fríos e interesados saludos. Palabras dichas como si en realidad no se hubieran movido de los inicios hacia la noche anterior. Un cumplimiento que ignoraba las distancias. Un cumplimiento de más.

Uno y otro estaban convencidos que en sus manifestaciones de cariño ninguno era perro/a desde el hocico hasta la punta del rabo, algo se guardaban. Además, los desperdicios de la carne eran bien pocos. Por adultos, lágrimas ningunas. La materialidad del dinero que le faltaba a Fabrizio Meucci, quizás hubiera ayudado en parte. En sus inicios le ahogaba no poder seguirle el ritmo a ella, ya ni eso; el dinero le eran pájaros con el pico de oro que no volarían nunca. En todos sus años jamás había frecuentado tanto los restaurantes como en esos meses de antes, junto a Nicoletta. Protagonismo que aprovechó para conocer mejor la ciudad y lo dramático de las relaciones que la gente representaba. Porque sí, observaba; le era algo natural. Más nunca miraba con desprecio o como si tuviera autoridad alguna.

Y ella no paraba de planificarse viajes, la mayor parte como si a Dios no lo hubiera conocido nunca, sin escatimar y con personas aparentemente muy

heterogéneas. Él no era partidario de ponerle límites, sabía que en realidad no eran nada ni nadie. El amo de casa y deportista percibía de ella una personalidad cambiante, efectista. No le atribuía debilidad mental, ni tampoco era de esas mujeres que a los cinco días después de su boda seguiría siendo virgen, por mucho que lo intentase aparentar. Eran otras complicaciones o sensaciones inconscientes, que se le sumaban a las que ya de por sí arrastraba en su trabajo y con lo que fue su familia.

Por mucho que su rostro pudiera parecer desencajado, Fabrizio era alguien sensible, sin efusividades conocidas pero que podía ser cordial y jovial, de los que se pegaban a un cristal y lo empañaban con su aliento; limpio y buen conversador, esto último nunca con su familia. Jamás lo practicaron sin que le vieran mortecino, brillante o amenazador. No es que los condenase al infierno, es que apenas se trataban y entendían. Lo veían agobiado, sombrío, silencioso, como si fraguase en su interior astucias, deliberadamente; y solo. Distorsionado.

En el Nápoles italiano, a priori, un hombre solo que superara la treintena, con su carrera profesional encauzada, atlético y educado era alguien complicado de entender y de ver. Tener independencia, conllevaba un precio. En Italia u otra península, los reflejos se traducían a eso. Y que la hermana de Nicoletta estuviera a unos meses de dar a luz a un niño podía serle una ayuda envenenada al funcionario, quien, aparentemente tenía los nervios bien sentados, y rasgos de delicadeza.

Nadie lo había sentido oír ahogadamente con un impulso de íntima satisfacción por llegar a ser padre algún día.

Fuera o no por el peso de la inquietud, la farmacéutica Bruschini apenas hablaba de la buena esperanza de su hermana. En lo de arrullar a un querido

era inexperta o sencillamente no le daba la gana volver a pasar por eso, una de dos. Parecía tener muy claro cómo guardar silencio en el eco de su habitación, y advertir o censurar lo que no le gustara de Fabrizio. Comer a sus horas y la nicotina como acto social y dependencia era su constante obsequio; no hacerlo le irritaba y daba ansiedad. Y cuando podía, se daba a una siesta. Rezar, ella misma admitía que apenas lo hacía, sin ansiedad inexpresiva, creyente de catálogo.

Meses atrás sí hablaron de política, religiones y de gestiones varias. Dejaron de hacerlo porque ella, que no era alguien locuaz con Fabrizio, precisamente, varió los apretados y sonoros besos que empezaron al tener la menor noticia de fraude. Aunque ambos se empeñasen en disimularlo, pensaban distinto por igual. A Nicoletta le gustaban los negocios tanto como a él, sin embargo, por su naturaleza de funcionario no podía dar pie a temas de índole privado que no fuera la mera gestión de su patrimonio. Ella, en cambio, formada y con tiento optó a ocupar el lugar del patriarca, relevando a su padre y abuelo en los menesteres de las tierras. Por lo que contaba, sentían cierta protección al imaginar que Nicoletta fuera a hacerse cargo de velar por los patrimonios, que no desfallecían en esa familia, confiriéndole un lugar privilegiado al tener su abuelo los noventa y ocho cumplidos y el menor de sus hijos los setenta y siete como poco.

Hablar de todo y de nada es lo que venían haciendo esos dos, cuales sociólogos, historiadores, economistas o especialistas en literatura, música o teatro. Cualquier cosa menos haber sentido o hecho algo excepcional, dándose el uno al otro. Que él le dejase entrever que el rostro del mal y la ira de los

ángeles formaba parte de su ocupación, brindó algo quisquilloso, porque atisbaba muchos fraudes:

-Te estás metiendo en problemas. Parece que los buscas -le contó ella – a colación de casi oírle estremecerse por la cantidad de desencantos con los que había de bregar en su función pública, no ya solo por el temido coronavirus.

Lo definió así porque se quejó de su soledad y aludió a una entrega sin límites al trabajo y a un cambio de vida radical que no culminaba tras intentarlo en los diez últimos años.

Sumó, además, con un desparpajo sorprendente, más acusaciones por parte de Nicoletta:

-Bregar con el Ministerio es de tontos. Son tinglados abigarrados. Crece. Nunca he creído en las instituciones.

A Fabrizio no le gustó escucharlo, menos de parte de ella, pero aquello tenía un aire de verosimilitud. Y todo, como si el mundo girase en torno a ella:

-Yo, al cumplir los cuarenta me dije que no bastaba solo con trabajar. Me compré un piano y me apunté a clases. Conocí a los amigos de teología y estoy en ello; me gusta. Y no quiero leer la correspondencia que no me interesa.

Ahí fue cuando a Fabrizio la confianza se le volvió más ciega todavía. Quiso irse, poniendo tierra de por medio y no supo dar con el secreto de la distancia correcta. Sintió un tumulto bajo una superficie serena. Le había señalado como a uno más, cuando no lo era. Y no pudo, ni harto ni perezoso, ni quiso, ponerse a defender su oficio y/o salvaguardar esa relación a la que no terminaban de darse ni él ni ella. Quería dejarla o virarlo todo hacia lo que entendía debería ser una relación de pareja: a soñar y a crecer, durase lo que durase. Estaba harto de mafias y de corruptelas, como macro discotecas, hoteles

de lujo y deudas de no menos de cincuenta y dos millones de euros y pueblos arruinados, por construcciones faraónicas que habían dejado tras de sí múltiples cementerios empresariales de cientos de empresas y entidades tapadera a los que no podían ni cobrarles sus honorarios o las tasas base de la administración por apertura de expediente administrativo. Esa misma mañana había estado repasando el aberrante proyecto de una central de biomasa, la segunda más grande del mundo, para dar suministro a un aparcamiento subterráneo en medio de un erial, que, por supuesto nunca llegó a utilizarse, actualmente desvalijado. O un centro cultural con un teatro incluido y colegio de primaria que no eran más que un esqueleto de hormigón de seis hectáreas. Otros cincuenta millones de euros en desuso y abandono. Cuyo cerebro, como otros tantos, andaban libres ostentando cargos públicos en ayuntamientos y otras administraciones, decidiendo sobre la ordenación del territorio y prevaricando urbanísticamente con una insolvencia punible, pero a donde no llegaba el castigo. La pintada de su casa, fachada a la que habían descascarillado de tanto cambiarle el color a la pared, lo decía todo: “No hallarás mejor lugar de paso”. Un rosa palo envejecido lo adornaba.

Enfrente, no muy lejos, porque le gustaba ver el campo, cincuenta y tres habitaciones de diseño moderno recordaban la opulencia de un sitio que estuvo plagado de mármoles de alta gama, alabastros, estucos y maderas de primera. Un complejo diseñado a la carta, para nada. Tras lo que fueron unas preciosísimas cristaleras: cuatro sillas, y la bocana de una piscina exterior de recreo, la otra (cubierta y climatizada), pistas de pádel y vóley-playa, vestuarios, duchas e hidromasaje; el pabellón polideportivo cubierto un tanto más apartado, con su lentitud perdurable.

Fabrizio había tenido acceso a la lista de acreedores y a esa fase de liquidación. Después de diez años nadie había cobrado ni rendido cuentas. Un alcalde se había llevado veintiocho millones de euros, por los cimientos del polideportivo. La insolvencia de la sociedad municipal tampoco representaba mayores problemas. Los vecinos paseaban a los perros tranquilamente. Las andanzas de una banda de adolescentes centrados en el beso negro apenas eran castigo divino. Lejos quedaba lo que escuchó en una visita a Madrid (España): “Hasta que no se legalicen las drogas no daremos un golpe al crimen organizado”.

No carecía de encanto un mundo tan terrible. Los nazis derrotados y detenidos no eran nada, rodeado de proyectos que demostraban que no todo estaba escrito en el mundo de la vivienda y afines. Pagar mucho y vivir mal es lo que se penaba. Curiosamente, los ancianos tenían plazas residenciales adónde ir, y también había arquitecturas comprometidas con el medioambiente. Todo resultaba ser una convivencia participativa, volviendo a una vecindad más cercana, con fórmulas de propiedad accesibles. Una torre de Babel de difícil ecuación para alguien como Fabrizio, que debía dar fe pública de muchas actuaciones, entre viviendas, soledad y senectud. Los responsables de los comités de comunicación, que en toda esa Italia eran miles y miles, siempre decían:

-No tenemos las respuestas a todo. Pero entre todos las buscamos y nos ayudamos a salir al paso de los problemas.

Lo mismo, Nicoletta se refirió a ese todo cuando lo catalogó de casi nada. Otra que le daba vueltas a cómo hacerse con el resto de la farmacia sin pagar más de lo debido a su tío, ahorrándole a él buena parte de los impuestos que

pagaba y ella sufragando el pago de la deuda del fondo de comercio con las desgravaciones fiscales más las donaciones a la iglesia católica y el día a día, como si todo fuera una cooperativa autogestionada y un palmoreo de júbilo.

-Para saber si ese cachorro va a ser un buen perro de pelea, créeme, apártalo de la tetilla de su madre cuando esté comiendo y pégatelo a la cara... Si te lame, no valdrá; si lucha, revelándose, amaéstralo. Tendrás tu mejor amigo.

Ese comentario y consejo le era una canción negra que le propinó el exgerente de una sociedad municipal, quien reconoció ante el juez de instrucción que un exalcalde había pagado varios viajes a Rumanía, así como diversos regalos, aunque explicó que todo se había hecho con la autorización del departamento municipal, presentando como prueba un acta de declaración.

Numerosas compras de artículos de relojería, papelería y telefonía habían reunido en unos grandes almacenes. Otro cementerio de empresas. Y otro consistorio víctima de la gestión de un alcalde. En este caso, con otro aparcamiento subterráneo, pero sin alumbrado en el techo ni paredes, y con una enorme tubería yaciendo en el suelo, retorcida entre las columnas de un extremo a otro. Seis millones de euros para quinientos supuestos vehículos de cabida, inundada por el agua de las lluvias, y eso que estaban en sequía. Siete años nada menos. Pero la lóbrega construcción estaba teóricamente efectuada. Tanto o más como la discoteca para ocho mil personas en medio de una huerta de frutales, construida sobre una vía pecuaria. Algo que no dejaba indiferente a nadie: usuarios, merodeadores, conservacionistas, y papás y mamás la visitaban en sus asuetos. Habitaciones enladrilladas y sin techo daban que pensar, cruzadas laberínticamente por cerchas de madera que habían recorrido medio mundo; hasta desde Canadá las habían llevado.

Y todo, en pueblos que prometían mucho, porque Italia era un pueblo, aparentemente. Los trabajadores municipales se habían visto obligados a reinventarse. Era eso o dedicarse a comprar chatarra. Pero con espíritu. No faltaban las carrozas para las cabalgatas, fueran días de Reyes o no, y los árboles de Navidad. Las naves industriales no engañaban. Una economía de guerra absoluta. Ir y venir a Bucarest o Suiza en el día no formaba parte de irregularidad alguna. Proponerse como director del colegio que uno mismo había mandado construir menos aún. Las confianzas eran un todo integrado. Con obras que se empezaban sin dinero para continuarlas ni pábulo alguno.

-La sociedad municipal se crea para darle mayor agilidad a la administración -le intentaron convencer para huir de la fiscalización y el control. Otro que llevó a muchísimos trabajadores al paro. Y que nadie denunciaba.

La macro causa que estaba en fase de instrucción resaltaba que alguno de esos polideportivos iba a ser destinado a deportistas de élite, solo que empezarían dándole un uso parcial. Como a las escuelas de música, los talleres de escultura, una biblioteca o los ascensores que estaban fundamentados para elevarse hasta cuatro plantas y que no pasaban de la primera. Pero siempre, en todos los proyectos que Fabrizio iba conociendo, en las plantas bajas había un solo uso: para las asociaciones de vecinos. Absolutamente en todas las carpetas donde se acumulaba el polvo y los datos de acreedores se decía eso: "Para los vecinos". Los usos finales de las terceras plantas, a priori, solían ser para salas de estudio, donde había centros culturales, claro que, en algunos complejos se habían extraviado directamente.

Del Tribunal Supremo lo que se oía era más bien poco:



-Mi conciencia está tranquila porque luché por mi pueblo hasta las últimas consecuencias.

Todo un canto de ballenas. A medida que las burocracias acumularon poder, se hicieron más inmunes a sus errores, encajando en esas realidades en lugar de cambiarlas, y no se trataba de fantasías, sino de poder. Algunas personas los mismo sonreían o lloraban como si nada fuera real.

A veces soplaba tan fuerte en Campania que el viento se llevaba hasta los más puros sueños, a pesar de esa arcadia fabulosa de las juventudes. Atrás iba quedando el tiempo de los que morirían.

Algunos de los convecinos del funcionario de catastro opinaban igual que esa supuesta y nefasta autoridad superior, considerando que debía de existir una nueva administración que se ocupase de gestionar el déficit de los pequeños municipios que tenían esas deudas tan descomunales, de tal forma que los ayuntamientos tuviesen así un único deudor y sin que ello supusiese una merma para la prestación de servicios básicos. En esa Italia la gente no se moría de hambre, nadie. Y algunas mujercitas eran mucho más que unas niñas de mamá, cotizando al alza como imagen de firmas, sucesoras de sus famosísimas madres. Se inauguraban ferias que premiaban a los mejores cocineros, aprovechando la puesta en marcha de los hoteles de lujo con huéspedes de honor, antes de dejarlos -coloquial y prácticamente- arruinados y abandonados. Nicoletta Bruschini en los últimos tres meses había pasado de ser la hija de Alessandra, a la que acompañaba en algunos eventos, a ser una estrella que brillaba por sí sola. Anteriormente se dijo de ella algo por su afamada hermana, por su obsesión religiosa y por sus desamores; hasta por sus kilos de más. No obstante, gozaba ya de un argumento propio como empresaria y mujer, midiendo

todos sus pasos con la ayuda del cerebro de su hermana pequeña, que siempre iba en taxi a todas partes, a pesar de haberse comprado un todoterreno, de esos de frenesí. Otro personaje complejo y boyante, que no suspendía en cercanía, familiaridad y naturalidad. Sabía contar la misma anécdota una y mil veces:

-Me castigaron contra la pared con tres años y salí ganando. Me dieron a elegir entre irme a mi cuarto castigada o quedarme de cara a la pared, que fue lo que elegí. Piero, mi pequeña roca se vino conmigo en cuanto me sintió allí. Me sacaba dos cabezas y tres cuerpos. Era un mastín con más corazón que nadie, alto, largo y ancho, y muy cabezón por bueno. Pegó su cabeza a mi brazo izquierdo y no se movió en horas; ni yo. Jamás volvieron a castigarme de niña. Y mi otro perro me acercó una pistola de juguete a los pies, colocándose también como si de un infatigable escudo se tratara.

Esos eran sus valores, la insospechada defensa de sus más fieles compañeros de juego. Desde los jardineros hasta quienes seleccionaban las películas de los cines de barrio al aire libre, todo el mundo ponía su granito de arena para facilitar la existencia de los demás y no denunciar, consiguiendo que sus vidas, incluso en sus últimas etapas (que morir sí se morían en Italia) fueran suyas y de nadie más.

-Seguimos el modelo de derecho de uso -auspiciaban en la cámara del Senado- la gente tiene para comer, lavandería, limpieza, gastos. Si algo he aprendido es lo importante que es llegar a acuerdos razonando.

Ahora bien, había una figura que no le gustaba absolutamente a nadie, la del hijo soltero y sin pareja con la madre al lado. Ni, aunque hablase de política, de economía o de cualquier tema de actualidad.

Fabrizio, que cuando se le mencionaba a su madre disimulaba la cariacontecida palidez, había aprendido a dar confusas explicaciones. Y a escuchar. Disimular no siempre le salía como él quería.

-El que quiere más y el que quiere menos es el mismo, caballerito nuestro. Tienes plena libertad para hacer lo que quieras dentro de una norma que se ha establecido de manera común -le amenazaron.

Lucía impecable la pintada en el edificio donde tenían él y otros funcionarios de mérito y carrera los despachos públicos: “La convivencia es lo mejor, y lo más difícil. Pero es muy bonito vivir juntos”.

-En mi caso lo vi claro, es como tener tu vida en propiedad -le aconsejó sin una hosquedad deliberada, uno que apreciaba su vida- aspiraciones, decían, que deberían ser normales para cualquiera.

Por supuesto, que el mismo que le aconsejó matizaba cada vez que le llamaban a declarar, posibilitando así las economías de escala:

-Nadie está obligado a nada y cada cual goza de independencia.

Tiempo y recursos que optimizaban los mafiosos y el propio sistema. Incluso algunos ejercían de facilitadores, hallando soluciones que contentasen a la mayoría abordando su propio viaje interior con un crudeza y desfachatez sorprendentes:

-No seamos villanos. Que esto no es un hogar para niños indeseables. Aquí se puede cocinar una vez al mes si es que no te gusta o turnarse para ir recoger a los hijos del colegio, por ejemplo.

En esa zona de Italia la calidad de vida se medía en función de intereses varios, muy de proximidad; apoyos, estos últimos, que era lo que más les enorgullecía. Dentro de la pirámide, el italiano que mandaba más que nadie era

un magistrado de bajorrelieve con el humo de su cigarrillo social, al que le encomendaban las teorías de conspiración más descabelladas. Un tipo ya mayor, anciano, que lo quería todo. Lo bueno y lo malo y el desorden y la enfermedad. No quería perderse nada en la vida: ni el caer de un pecho abierto en la intimidad.

Solo que a Fabrizio, confinado o no, ya le sonaba todo igual, habiendo tirado de infancia y juventud para revestir esas conversaciones de días que parecían décadas. Vivir le era algo lento. Creía haber captado la pequeña vena de locura de Nicoletta y no le gustaba. La que aparentaba llevar una vida sencilla, y que de niña había soñado con crear una limonada única en el mundo, tenía un interés compuesto. Se hacía la tonta y se remansaba, como inmunizada, hasta que involuntariamente evocaba con sutilísima perspicacia algún que otro interés. Era una amistad cabal, precisa, de necesidad absoluta. Era, pues, antagonista. A ratos como que se quería llenar los ojos de su aroma, de su forma, de su color; algo impensado. Eran las menos. En otras, la conducta se tornaba a inexplicable. Una amistad egoísta y receptiva, sin que hubiera confidencias y consejos. Él, hubiera deseado tener una pésima memoria; pero al final se vio reflejado en aquella pastelería junto a la puerta. Y sí, fue alguien alocado, de esos capaces de ponerle una pistola en la sien a la otra al encamarse, y de los que sentían lástima por los cafés sin apellidos. Un dolor que le dejaba sin ganas de nada.

De algún modo, siempre tenía la envidia al alcance de la mano como hombre que era. Sí. Y la media distancia era la que mejor le iba a su estatura. Por cierto, a uno que iba a hablar con un fiscal le atropelló un camión. Dos veces.